

**Comienzo y fin de un análisis.
Su tiempo de inscripción, tiempo de destaponamiento
y de nueva inscripción**

Valeria Apel

Este trabajo fue presentado en un seminario de psicoanálisis de niños, seminario de clara orientación lacaniana. Intentaré recrear, a la manera de ensayo modelístico desde este marco referencial estudiado, el tratamiento realizado a una paciente, desde modelos teóricos pautados según las vicisitudes de la agresión, momentos winnicottiano, momentos meltzeriano, que a mi entender, calzaban bien para la problemática de la nena.

Ema es una nena de 10 años, en este momento no está en análisis, el tratamiento fue interrumpido hace cinco meses y la duración del mismo fue de un año.

Es interesante hacer esta re-lectura a posteriori, lectura que abarca tanto mi perspectiva anterior como la nueva perspectiva trabajada en el seminario; enfoque estructural que permite dar otra vuelta de tuerca, incluir otro horizonte, y que, articulando y des-articulando ambas miradas, favorece una mayor comprensión y el abordaje de puntos oscuros que me habían quedado flotando como interrogantes.

Los padres consultaron antes de las vacaciones de verano porque la nena tenía pesadillas a repetición, terror a algunas muñecas y muñecos de peluche, miedo a la oscuridad, miedo y vergüenza en el colegio a los actos escolares y a participar en clase.

Ema tenía un aspecto casi monacal, muy inhibido en su andar, caminaba sin gracia y con la mirada dirigida hacia abajo, peinada con dos trencitas. Cuando sonreía se asomaba en el rostro como una mueca automática de bondad negativa.

Ema sólo era bondad, y la hostilidad estaba depositada y controlada omnipotentemente afuera.

Eje ordenador

Primero voy a comentar algunas características de la estructura familiar de Ema. Luego voy a presentar dos dibujos, uno del comienzo del tratamiento y otro (su último dibujo), junto con un sueño que la marcó y le permitió darse la posibilidad de un desen-castre, un desanquilosarse. La movilidad de un vínculo petrificado dual, al incluir en el contenido manifiesto del sueño en forma vívida-corporal temas del contexto de la hostilidad y de la rivalidad (propia y ajena).

Hacia el final, y en relación al tiempo de entramado (del derecho y del revés) y el tiempo de des-entramado, voy a describir una situación del final del tratamiento, un desenlace que me resulta interesante para ser pensado. Situación que alude al tiempo de aparición de las resistencias estructurales cuando se hacen presencia a través del paciente, resistencias que nos anteceden, nos determinan, nos forjan, nos constituyen y nos obturan. Escuchemos sus tiempos.

Ema es hija mayor, tiene dos hermanas menores que ella. La madre es una mujer que jerarquiza ante todo el desarrollo intelectual, hija a su vez, de una madre destacada en ese micro-mundo intelectual (la abuela de Ema). El padre es trompetista, músico de jingles, actualmente casi desempleado.

En las entrevistas leo, a partir del discurso de la madre, que hay un legado de madres a hijas, un pacto tácito: se accede a ser madre con la condición de fabricar hijas—adeptas a..., y que ser hija para estas madres es borrar todo borde, ingresando al club de mujeres “inteligentes, buenas y auténticas”, obturando las valencias heterosexuales y hostiles, y silenciando la exogamia libidinal. La madre de Ema tiene impor-

tantes fobias, la más marcada es no poder desplazarse en rutas, en ningún medio de transporte.

El padre trompetista es hijo de un padre médico-cirujano, éste lo llevaba a que presenciara cirugías cuando era niño; y el padre de Ema, con desesperado terror desmentido, había transformado el horror a la sangre en placer por historias criminosas y asesinatos. Un músico silente, hombre vivaz y oscuro, una especie de Igor, secretario del doctor Víctor Frankenstein (abuelo).

Para la madre, un hombre era alguien dispuesto a ensordinar su propia música, funcionando como príncipe consorte de una corte gineceica, y el padre buscó a una mujer con pene, con un alto costo en auto-anulación, en atenuar su propia onda sonora, hasta el punto casi no parlante. Dormían en cuartos separados ya que a la madre le molestaban “los ruidos nocturnos del marido”.

Ema funcionaba como garante de supervivencia de la especie femenil, de la perpetuación del modelo de “su majestad, la madre”, garante de completamiento, le habían pasado la posta y la nena hablaba con sus síntomas. Ema representaba, actuaba un taponamiento.

Si bien la economía libidinal familiar venía muy funcional con la consolidación de este patrón: -abrochamiento especular-anulación de la función paterna-, los padres pudieron pensar en un espacio “por fuera” para su hija.

Pienso que el síntoma de la madre de angustia por la no castración al acercarse las vacaciones (momento que me llaman por primera vez), con sus miedos a las distancias, se presenta como un lugar de “quiebre”, una búsqueda de sustitutos de esa instancia que falta, “la falta”, y el padre por primera vez -y esto es muy importante- se “opone”, “frena” la vía madre-abuela (dominio-intelecto) para la elección de analista para su hija: “La psicóloga para Ema tenemos que buscarla nosotros solos, sin la in-

termediación de tu mamá (por la abuela de Ema), por más que ella esté conectada con las personas más inteligentes y formadas de acá, tenemos que averiguar por otro lado, amigos con hijos en tratamiento, y es por eso que estamos aquí ”. El padre presenta un “corte” a esa cadena femenina que venía tan aceitada. Me impresiona ese corte, como una asignatura suspendida, pendiente, que buscaba anunciarse en el tejido inconsciente familiar, un destaponamiento.

Para ello, la paciente era el último nudo a des-anudar, o quizás el primero. La música de fondo comenzaba a dar un paso al frente. La ley silente que arbitraba la enajenante especularidad, de a poco se iba a des-ensordinando, tomando cuerpo y volumen.

Comienza el tratamiento, esa terceridad repudiada y temida en su red histórico-familiar, comenzaba a abrir un futuro haciéndose presente. Había un legítimo permiso materno de mover los lugares asignados, esas piezas de relojería, que con el movimiento solo de una, aquellas preguntas y respuestas del universo-matriz- imaginario-simbólico que la preceden, se impregnarían de nuevos significantes.

CLÍNICA. DIVIDIDA EN TIEMPOS O MOVIMIENTOS

Primer movimiento. “Tengo miedo”

Las primeras sesiones se desarrollaban con climas emocionales de gran angustia, con fuerte necesidad de poner en palabras los contenidos que la atormentaban, Ema muy angustiada me contaba su miedo a la sangre, a los muñecos y sus pesadillas. “Tengo miedo de dormir.” “Tengo miedo de soñar”. “Veo sangre que chorrea de mis muñecos antes de dormir”. “No se si son sueños o es la realidad”. “Sueño que los muñecos son gigantes y tienen cuchillos para asesinarme”. Había un componente de

fijación. Tenían un fuerte matiz obsesivo: antes de dormir contaba varias veces sus muñecas para asegurarse que no le faltara ninguna, por las dudas la atacaran”.

Cualquier intento de mostrar su agresión, era rápidamente rechazado: “Vos te equivocás”. Estaba des-hostilizada, atrapada en el deseo materno.

Pienso ahora en la angustia como la anunciación de sentirse al borde de un abismo, a punto de quedar capturada en la imagen, tentación, momento de suspensión del sujeto. Los objetos fobígenos, muñecos, como objetos sustitutos de la función paterna, sustitutos de la castración simbólica, con una función esperanzadora neurotizante.

Pequeños momentos de drenaje libidinal se evidenciaban. La rigidez del síntoma comenzaba a moverse, y su actividad gráfica daba muestras de eso. Ema disfrutaba dibujando.

Segundo movimiento. La trama se afloja

El espacio analítico en el contexto de habilitación al cambio, empuja o abre la trama, la afloja. La paciente se apropia de su síntoma (A, Cordie), “el síntoma es mío y puedo hacer lo que me dé la gana con él”, perdiendo el estatus de patrimonio familiar.

Ema hace sus primeros dibujos, muy concentrada, aliviada, no menciona sus terrores, se la ve más liviana, con un menor monto de angustia.

Para mi sorpresa, a una sesión trae una gran colección de stickers autoadhesivos, encarpados en folios, colección heredada de su mamá: “Mi mamá empezó a coleccionar cuando tenía 14 años”. Ella era su continuadora. Me mostraba uno por uno, me los explicaba, y se incomodaba si yo los tocaba. Ema, muy pausada, con destreza y sensibilidad táctil, los tocaba, los des-adhería y los volvía a adherir, parecía acariciarlos. Parecía la exhibición de un objeto completado, pegoteado. Pero junto con este ex-

hibir, denunciaba un discurso que la dominaba dentro de ella, y también se avistaba en el juego de despegado, un descompletamiento que luego imperiosamente debía ser obturado. Parecía que había que detener, petrificar el tiempo de la imagen de la fusión. Pienso ahora este juego y la colección, como el posible despliegue en forma lúdica, de lo que antes aparecía como angustia por falta o por anulación de interdicción de manera preconcebida, ya dada en su cuerpo de significantes.

En forma alternante al juego anterior, Ema dibuja muy distendida, disfrutando de la elección de colores, de la libertad del movimiento de la mano. Formas diversas de grafismos, dibujos y palabras llenaban su hoja de papel.

En esta época hace el siguiente dibujo. Llevaba un mes y medio de tratamiento.

- PRIMER DIBUJO (se proyectará en filmina)

El dibujo muestra la franca imagen de su abuela materna, omnipotente y omnipresente en la trama familiar. Figura aplastante que reina en ese mundo contenido debajo del arco iris.

El espacio aparece dividido en cuatro planos:

1 – Por fuera del arco iris.

2 – Por dentro del arco iris **sobre** el pasto (abu A).

3 – **Dentro** del pasto, **dentro** del arco iris (M, perro de la madre - D, perro de Ema).

4 – **Dentro** del pasto, **fuera** del arco iris (O-Negro, perro del padre).

El segundo plano dentro del arco iris sobre el pasto (abu A) parece hundir, aplastar el plano del interior del pasto (representantes de mamá-M-perro chiquito / papá-O-Negro-perro / D el perro de Ema). Quedando dentro del pasto hundido o escondido, pero **por**

fuera del arco iris orbital materno, el O--Padre. El papá y Ema están semi-hundidos; la mamá, ahogada.

La abuela tiene los tres globos que salen del centro fálico, como hijos-penes que sujeta, pero que dos de ellos se alejan de la línea del paralelo de la abuela, se oblicuan con potencial hacia afuera de la órbita.

Pareciera una abuela mujer-hombre (celestes-rosa). El pelo y los anteojos parecieran como la cabeza de medusa, el horror a la castración y la desmentida de la misma.

Es interesante la florcita entre el papá y la mamá, simbolizando una unión amorosa.

Tercer movimiento. Un sueño

A los seis meses de análisis trae una bolsita de jersey, género flexible, que ella misma cosió, con una nueva colección que comparte con un amigo del colegio (Guido). Es una colección de canicas de distintos colores y tamaños, todas diferentes, fácilmente son 60 pelotitas de vidrio. “Con Guido nos turnamos, una semana me las llevo yo, y otra semana las tiene él”.

Cuando sostiene la bolsita de jersey con las canicas adentro, se la pasa de una mano a la otra, la aprieta y se desplaza la forma de la bolsita, parece una bolsa hídrica con bolitas, parece una panza embarazada con bebés en su interior que se mueven.

En Ema se evidencia un cambio de su foco de interés: pasa de la colección de stickers con su mamá, a una nueva colección de bolitas-canicas con un amigo del colegio.

Para esta época trae la bolsita cada 15 días, sin excepción, y tuvo un sueño.

Sueño:

“Estoy con mis compañeros del grado en una plaza, hay un puente y abajo pasa un río.

Cuando cruzamos el puente, Guido (el amigo de las canicas) se quiere dar un cha-

puzón. Se tira de cabeza al agua y se transforma en lagartija. En ese momento aparece Cruela Devill que se come a Guido transformado en lagartija antes de que caiga al agua. Yo me pongo mal, pensaba que Guido no iba a poder salir más. De pronto caminamos para cualquier lado, perdidos en el parque, y después aparece el director del colegio y dice: 'formen una fila'. Cuando nos ordenamos en la fila, Guido estaba parado en su lugar de siempre y volvimos con el director al colegio".

EMA (con gran angustia. Con las canicas en la mano):" Me da pena Guido. Me daba pena no verlo nunca más".

¿Cruela, la imagen-madre-cruel que sustrae productos-hijos ante la amenaza de quiebre de la especularidad- completante- enajenante y anulante, y que da a cambio narcisismo eterno?

A: "¿Puede ser que sientas que si estás muy contenta con tus cosas, amigos, juegos, colección de canicas, sólo tuyos, como Guido, a mamá la pueda enojar y eso te asusta?"

EMA: "Asustarme no, me da rabia. A veces cuando me grita me dan ganas de decirle **vieja**... Igual nunca lo digo".

En la casa se estaban generando discusiones del estilo:

Ema decía: "A mí me gusta lo que me gusta". "Salí de mi pieza, no te metas".

Este nuevo patrón de relación no estaba inscripto en el libreto materno. El padre, en alguna entrevista, decía con una sonrisa cómplice con la nena: "Sale a mí, cuando algo se le mete en la cabeza, es obstinada, aunque yo no soy de reacción".

Ema pasa de soñar con muñecos asesinos a soñar con la crueldad, agresividad o maldad, tanto la propia, posiblemente en reacción al miedo, al desamparo ante la crueldad ajena, que aparece como amenaza de devoración, de desintegración, ante

cualquier intento de discriminación yo–no yo, y ante el menor cuestionamiento a la asignada prohibición de interdicción.

Una breve reflexión acerca del abrochamiento dual, con todos sus fenómenos del narcisismo, con el predominio de la agresividad y la competencia, en el que sólo uno de los integrantes tiene derecho a existir, a tener, se impone el “yo o ninguno de los dos, si el es, yo no soy”, donde rige la ley del todo o nada (ya que el falo en su dimensión imaginaria permite ilusionar que uno de los dos participantes lo tiene y el otro no).

En el sueño es muy claro cómo se hace presencia el fantasma de la devoración, como sin salida de la especularidad.

Este cambio de sintonía, pienso que la lleva a la reapertura y reformulación de los grandes interrogantes vitales que flotan en el cuerpo de significantes en una deriva ordenada en forma circular (tomando prestado el texto de Cordié). ¿Qué es ser nena? ¿Qué es ser varón? ¿Quién soy yo? ¿Qué es ser una mamá, un papá? ¿Con quién se tiene bebés? ¿Con quién tuvo bebés mamá, con abu, con papá? ¿Papá sabe tener bebés o sólo sabe entregar bebés? ¿Quién es Guido? ¿Mis bebés son míos o son para mamá?

Cuarto movimiento. Sintonía estructural

Ema había funcionado como garante para la perpetuación del no ser atravesados por la castración simbólica en el entramado familiar, había funcionado como tapón para confirmar el estancamiento, para que no asome indicio alguno de fisura, para poder seguir haciendo oídos sordos a esa música de fondo-padre que molesta pero que nutre, música de fondo que des-cristaliza la dualidad, música de fondo que abre la dimensión del Complejo de Edipo, de la castración, de la temporalidad, de la diferencia

generacional. Tapón para que sus padres reaseguren su condición libidinal petrificada e impermeable, ante cualquier tentativa interna o externa de poner en riesgo el falo imaginario.

Sin embargo, yo iba observando que, al compás de los progresos de la nena, se oía a los lejos una resonancia, un eco dentro de la dinámica estructural. Se escuchaba un contrapunto que me orientaba a pensar que la pareja de los padres iba entrando en sintonía con los progresos de su hija.

Como un permiso indirecto, el tratamiento de la nena habilitaba un destaponamiento, o el tratamiento de Ema estaba asignado con la carga de esa habilitación, de ese destaponamiento.

Durante una entrevista los padres me comentan, para mi sorpresa, que volverían a dormir en el mismo cuarto. También noto un cambio en la actitud corporal y gestual de la madre, que antes era muy poco femenino, con un tono y ritmo de voz muy fuerte e intrusivo, ahora se la veía más delicada y menos avasallante, y con un mayor interés en el cuidado y arreglo de su imagen, tenía un vestir más femenino.

Ema en alguna sesión me decía: “Mi mamá se compró un cinturón como el tuyo”. “Mamá tiene unos aros como los tuyos”.

Mientras tanto, las sesiones transcurrían en un clima de entusiasmo, la carga libidinal infantil estaba hallando en el espacio analítico nuevas respuestas para sus antiguas preguntas, sus auténticas valencias se estaban des-saturando y encontrando un desobstruido tropismo positivo hacia nuevos contenidos fantasmático-libidinales que la confortaban y la vitalizaban.

Quinto movimiento. “¿Puedo faltar?”

Hacia el noveno mes de análisis, Ema viene a una sesión muy angustiada y me cuenta un episodio que se suscitó en la familia y que los padres se lo comentaron con demasiado lujo de detalles. A la hermana menor del padre, de 28 años, la detuvieron y la llevaron a la cárcel porque –según Ema contaba– había caído en una trampa y la acusaron de venta de drogas. Además de esta perlita, Ema se entera que esa tía joven tiene SIDA y tiene que tomar muchos remedios; que su papá es el encargado de hablar con el abogado y éste dice que su tía puede estar presa mucho tiempo.

Ema está muy asustada. Ella sola me cuenta cómo se contagia el SIDA y teme que a sus papás también les pase algo. Lloro en sesión y en el colegio.

A partir de este día, Ema viene y se queda sentada en silencio. No emite ninguna palabra, mira el piso y se agarra las manos, prácticamente no se mueve. Yo le pregunto y me encuentro “forzando a hablar, forzando respuestas” por mi angustia. Ella no se fastidia, se la ve desconectada, ida, como si hubiera retirado las investiduras del mundo.

La sesión siguiente transcurre con la misma tesitura emocional, silencio. Antes de terminar esa hora me pregunta si podía faltar una o dos veces. Intenté interpretarle acerca de porqué no quería venir un tiempo, pero seguía en silencio y con la mirada ausente. Sólo le dije que posiblemente se había asustado mucho y que necesitaba un tiempo para tener su cabecita desconectada de pensar acá, un tiempo para apagar el control remoto de sus pensamientos y ella dice que sí.

Este planteo tan natural de la nena, el deseo de faltar, me parece una situación muy interesante, para ser pensada, y a mí me suscitó importantes interrogantes y dudas. En mi cabeza estaba Ema con su dolor psíquico evidente, dolor en relación a todo lo que significó e imprimió en su mundo interno este episodio de la tía como disparador.

También el efecto a nivel de la trama familiar que estaba en pleno movimiento de solución.

La madre me llama por teléfono y comenta el pedido de Ema, pregunta mi opinión, y le respondo naturalmente que a los chicos les puede pasar como a los adultos, que yo pienso que también los chicos pueden necesitar o querer faltar. Ante mi respuesta, la madre tiene una reacción de gran indignación y, con un tono imperativo, me dice que no es lo mismo en los chicos porque ellos necesitan de la autoridad de los padres, y que los adultos ya somos responsables: “¿Dónde queda la autoridad de los padres si accedemos a algunos pedidos?”, que no está para nada de acuerdo conmigo, que la va a traer a sesión y que cualquier negativa a entrar lo resolvemos en la puerta del consultorio.

Contratransferencialmente, me quedé confundida, aturdida y principalmente asustada y culpable, como quien ignora la categorización del cuidado a través de la autoridad, o peor aún, no sólo la ignora, la desestima, la desafía o la desmiente, con las penosas consecuencias de caos y falta de interdicción.

Luego pensé: ¿No será la reaparición del imperativo de acatamiento y reverenciación ante el terror por el derrumbe de las figuras idealizadas, derrumbe a partir de la inclusión de la función paterna que estaba rompiendo con ese manto gineceico asfixiante?

La realidad era que yo me encontraba contraidentificada con una nena de 10 años, con miedo, y culpa, que traicionaba desde los deleites del Complejo de Edipo, a esas figuras femeninas idealizadas y omnipotentes disfrazadas de autoridad.

Mi lectura de la situación es la siguiente. En pleno transcurrir del Edipo al fin habilitado, ocurre el hecho de la tía, que funcionó como trauma disparador por el tipo

de contenidos que estaban en juego, en un momento en que Ema daba sus primeros pasos hacia una exogamia libidinal, apoyada en los placeres y conflictos edípicos.

Trauma por los contenidos (sexualidad, juventud, penitencia, cárcel, SIDA) que aceleró, reveló una trama resistencial estructural, que por supuesto ya se vendría asomando. A esto, Ema responde con un bloqueo afectivo, una disociación masiva, por terror ante el resurgimiento de esa instancia conocida que prohíbe la terceridad y que invita al -encierro-sin salida- de la relación dual.

Era muy peligroso para su supervivencia emocional continuar con el ritmo anterior. Pienso que la estructura libidinal, representacional de Ema había llegado a un punto límite de la capacidad para soportar la reestructuración, límite de soporte también de la estructura familiar, que con el correr del tratamiento había ido recibiendo distintos gradientes de los pequeños cambios re-estructurantes.

Continuando con el tratamiento, traen a la nena forzada a las sesiones. Ema está rendida y desconectada, continúa en silencio, la voz, los significantes habían quedado suspendidos.

En simultáneo, la madre me pide una entrevista. Cuando nos reunimos, la madre me comenta que desde hace un tiempo están con dificultades económicas, que si yo estaba de acuerdo, Ema interrumpiría el tratamiento a fin de año (faltaba un mes), que la veían muy bien, que con el tratamiento había hecho cambios importantes, que parecía otra, "hasta colgó un posters de Johnny Deep en su cuarto, tiene un diario íntimo, baila casi sin inhibiciones".

Como la ven tan bien, sería bueno aprovechar este momento que no quiere venir para interrumpir, y así al no sentirse forzada, le puede quedar un buen recuerdo; porque ellos valoran mucho este espacio de Ema, y quieren que este lugar siga abierto y con un buen recuerdo para Ema, sin la sensación de presión.

En diciembre interrumpe el tratamiento. Este último mes fue de gran incorporación de lo vivido, como un refuerzo vitamínico introyactivo antes de no venir más. Miraba sus dibujos una y otra vez, contaba y ordenaba sus lápices: “Guardáme bien todo”. La presencia, contención en mi cabeza de todo lo vivido, la habilitaba a ella a continuar, a retener los deseos, las representaciones, los afectos nacidos en nuestro espacio mental analítico.

Último movimiento. Trazo-lápiz-mano-cuerpo. Papel-cuerpo del analista

Voy a mostrar su último dibujo, realizado durante la última sesión. Quisiera hacer alguna mínima reflexión al respecto, y evolucionar en el tiempo, su trabajo expresado en forma gráfica, desde su primer dibujo (el de la abuela y los perros-familia), a éste, su último dibujo.

- SEGUNDO DIBUJO (se proyectará en filmína)

En primer lugar, es muy evidente la diferencia entre este dibujo y el anterior. El trazo mucho más nítido, fuerte, seguro, y los colores mucho más intensos.

En charlas con el Dr. Raúl Levín respecto del material gráfico de los pacientes, pensamos este dibujo de Ema como la expresión a través de la figura de las manos, de su cuerpo simbólico y su cuerpo anatómico-pulsional. Expresión de su sexualidad, las manos como representantes del esquema-corporal-sexual. Las manos con su sensibilidad exteroceptiva (cutánea), tanto en relación al contacto, al calor-frío, a la excitación y al dolor. Las manos con su motricidad voluntaria fina, movimientos muy diversos de los dedos y de la muñeca, expresión del más íntimo estímulo pulsional corporal-muscular y visceral funcional.

También las formas que se expresan con el lenguaje de los dedos, inclusive el lenguaje mudo. El juego de la niñez tan arraigado, de tocarse secuencialmente cada dedo lle-

gando a la piel del fondo, hasta chocar con el límite del mismo, para luego pasar al dedo subsiguiente, como forma de significar la castración y la negación de la misma.

Llamamos a la mano: "el homúnculo sexual". En un plano vincular, transferencial, las manos que remiten a las primeras experiencias de nominación corporal de las presencias y las ausencias. El agarrar y el soltar, la aprehensión del objeto.

Pero estas son unas manos muy erotizadas. En una está representado el pene (dedo azul) y en la otra el agujero negro-vagina (palma). Con el reloj marcando entre las 4 y las 5, ella tenía sesión a las 5 de la tarde. Pero pienso que el reloj alude a una nueva dimensión inscripta, la castración, la temporalidad, la finitud.

Dimensión fundante y estructurante, dimensión que abre al Complejo de Edipo, a la terceridad, a la falta, pero, principalmente, al devenir sujeto del inconsciente y habilita la marca particular de cada sujeto.

Cierre

Habiendo transcurrido cinco meses desde la última sesión, con esta nueva perspectiva de los hechos psíquicos, esta nueva lectura en retroactivo, se abre una dimensión interesante, la de darle otro porvenir a un pasado transferencial que se hace presente resignificado. Pasado pautado desde un ordenamiento simbólico y que emerge rememorado, recordado, actualizado en un nuevo ordenamiento secuencial, que permite pensar a la distancia y hacer cobrar vida al reservorio transferencial estancado que se hallaba a la espera de esta nueva resignificación.

Abriendo paso, dentro de la certidumbre de la temporalidad lineal (pasado-presente-futuro / tiempo cronológico), en un *après coup*, a una nueva incertidumbre pautada, de la temporalidad circular (ordenamiento simbólico del inconsciente).

DESCRIPTORES: Agresión. Castración. Completud. Música.

Bibliografía

CORDIÉ, Anny: *Un niño psicótico*, Ed. Nueva Visión.

COSTAS ANTOLA, Adela: *El objeto en el horizonte de la nostalgia*. Ficha.

LEVIN, Raúl: *La escena inmóvil*, Ed. Lugar Editorial.

ORTIGUÈS, MC y E: *Cómo se decide una psicoterapia de niños*, Ed. Gedisa.